

www.puntodelectura.com

ÁLEX GRIJELMO

# La seducción de las palabras

punto de lectura



**Álex Grijelmo** (Burgos, 1956) es un divulgador de la historia, las reglas y la sociología del lenguaje. Periodista de profesión, formó parte de la redacción de *El País* durante dieciséis años, como redactor jefe y luego responsable del *Libro de Estilo*. Desde 2004 preside la Agencia Efe, y bajo su mandato se ha creado la Fundación del Español Urgente (Fundéu). Ha escrito los libros *El estilo del periodista*, *Defensa apasionada del idioma español*, *La seducción de las palabras*, *La punta de la lengua* y *El genio del idioma* (Taurus, 2004). En enero de 1999 recibió el premio nacional de periodismo Miguel Delibes. Su último libro, *La gramática descomplicada* (2006) es un auténtico éxito de ventas.

ÁLEX GRIJELMO

# La seducción de las palabras

Título: La seducción de las palabras

© 2000, Álex Grijelmo

© Santillana Ediciones Generales, S.L.

© De esta edición: julio 2007, Punto de Lectura, S. L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-6991-6

Depósito legal: B-31.249-2007

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño e ilustración de portada: © Pep Carrió y Sonia Sánchez

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

“Mis títulos no son de sabio,  
son de enamorado.”

PEDRO SALINAS



*A mis padres, Ana María García  
y José María Grijelmo; y a todos cuantos  
me regalaron las palabras*





# Índice

I.	EL CAMINO DE LAS PALABRAS PROFUNDAS .....	13
II.	PERSUASIÓN Y SEDUCCIÓN .....	37
III.	LOS SONIDOS SEDUCTORES .....	43
IV.	LAS PALABRAS DEL AMOR .....	69
V.	LOS SÍMBOLOS DE LA PUBLICIDAD .....	107
VI.	EL PODER DE LAS PALABRAS, LAS PALABRAS DEL PODER .....	137
	La contradicción eficaz .....	147
	Las palabras grandes .....	159
	Las palabras largas .....	169
	La fuerza del prefijo .....	175
	Las metáforas mentirosas .....	187
	Los posesivos y nosotros .....	195
	Las ideas suplantadas .....	201
	Las palabras que juzgan .....	205
	Los transmisores poseídos .....	251

VII. LA INCURSIÓN EN EL ÁREA AJENA .....	263
VIII. LA DESAPARICIÓN DE LA MUJER .....	279
IX. EL VALOR DE LAS PALABRAS VIEJAS .....	295
X. LA SEDUCCIÓN DE LAS PALABRAS .....	311
Bibliografía .....	325
Agradecimientos .....	331

# I

## El camino de las palabras profundas

Nada podrá medir el poder que oculta una palabra. Contaremos sus letras, el tamaño que ocupa en un papel, los fonemas que articulamos con cada sílaba, su ritmo, tal vez averigüemos su edad; sin embargo, el espacio verdadero de las palabras, el que contiene su capacidad de seducción, se desarrolla en los lugares más espirituales, etéreos y livianos del ser humano.

Las palabras arraigan en la inteligencia y crecen con ella, pero traen antes la semilla de una herencia cultural que trasciende al individuo. Viven, pues, también en los sentimientos, forman parte del alma y duermen en la memoria. Y a veces despiertan, y se muestran entonces con más vigor, porque surgen con la fuerza de los recuerdos descansados.

Son las palabras los embriones de las ideas, el germen del pensamiento, la estructura de las razones, pero su contenido excede la definición oficial y simple de los diccionarios. En ellos se nos presentan exactas, milimétricas, científicas... Y en esas relaciones frías y alfabéticas no está el interior de cada palabra, sino solamente su pórtico. Nada podrá medir el espacio que ocupa una palabra en nuestra historia.

Al adentrarnos en cada vocablo vemos un campo extenso en el que, sin saberlo, habremos de notar el olor

del que se impregnó en cuantas ocasiones fue pronunciado. Llevan algunas palabras su propio sambenito colgante, aquel escapulario que hacía vestir la Inquisición a los reconciliados mientras purgasen sus faltas\*; y con él nos llega el almagre peyorativo de muchos términos, incluida esa misma expresión que el propio san Benito detestaría. Tienen otras palabras, por el contrario, un aroma radiante, y lo percibimos aun cuando designen realidades tristes, porque habrán adquirido entonces la capacidad de perfumar cuanto tocan. Se les habrán adherido todos los usos meliorativos que su historia les haya dado. Y con ellos harán vivir a la poesía.

El espacio de las palabras no se puede medir porque atesoran significados a menudo ocultos para el intelecto humano; sentidos que, sin embargo, quedan al alcance del conocimiento inconsciente.

Una palabra posee dos valores: el primero es personal del individuo, va ligado a su propia vida; y el segundo se inserta en aquél pero alcanza a toda la colectividad. Y este segundo significado conquista un campo inmenso, donde caben muchas más sensaciones que aquéllas extraídas de su preciso enunciado académico. Nunca sus definiciones (sus reducciones) llegarán a la precisión, puesto que por fuerza han de excluir la historia de cada vocablo y todas las voces que lo han extendido, el significado colectivo que condiciona la percepción personal de la palabra y la dirige.

\* Explica muy bien la historia de esta expresión José María Romera en *Juego de palabras*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, 1999.

Hay algo en el lenguaje que se transmite con un mecanismo similar al genético. Sabemos ya de los cromosomas internos que hacen crecer a las palabras, y conocemos esos genes que los filólogos rastrean hasta llegar a aquel misterioso idioma indoeuropeo, origen de tantas lenguas y de origen desconocido a su vez. Las palabras se heredan unas a otras, y nosotros también heredamos las palabras y sus ideas, y eso pasa de una generación a la siguiente con la facilidad que demuestra el aprendizaje del idioma materno. Lo llamamos así, pero en él influyen también con mano sabia los abuelos, que traspasan al niño el idioma y las palabras que ellos heredaron igualmente de los padres de sus padres, en un salto generacional que va de oca a oca, de siglo a siglo, aproximando los ancestros para convertirlos casi en coetáneos. Se forma así un espacio de la palabra que atrae como un agujero negro todos los usos que se le hayan dado en la historia. Pero éstos quedan ocultos por la raíz que conocemos, y se esconden en nuestro subconsciente. Desde ese lugar moverán los hilos del mensaje subliminal, para desarrollar de tal modo la seducción de las palabras \*.

\* El lector encontrará con frecuencia la palabra “subliminal” en esta obra. Procede de “sub” (por debajo) y “límina” (umbral). “Subliminal” se aplica a las ideas, imágenes o conceptos que se perciben en el cerebro por debajo del umbral de la consciencia; sin darnos cuenta. Es decir, que llegan al subconsciente de la persona sin intermediación del cerebro consciente, de manera inadvertida para la razón. (A veces se ha escrito, incluso por especialistas, con la grafía “subliminar”.)

El niño percibe antes la lógica del lenguaje que su propio sonido completo. Por eso dice “yo no cabo” en lugar de “yo no quepo”, porque ha averiguado en su minúscula experiencia las relaciones sintácticas y las aplica con rigor a todo el sistema sin dominar todavía sus excepciones. Esa facilidad de la inteligencia del ser humano, capaz de deducir unas reglas que nadie le explicó aún, se extiende después a su competencia para acumular en el inconsciente los valores de cada término, de modo que los cajones que forman las letras unidas, las palabras, se van llenando de ideas, de sugerencias, de historia, de sensaciones intransferibles. El más inteligente de los monos es incapaz de hablar, pero el más estúpido de los humanos podrá hacerlo aunque sea analfabeto, porque el habla forma parte de una esencia innata, y la adquisición del lenguaje, el primer aprendizaje, no tiene relación directa con la inteligencia. Salvo deformaciones excepcionales, todos los niños aprenden casi por igual a pronunciar sus primeras palabras y a construir sus frases iniciáticas, y construyen una gramática creativa, en absoluto de imitación. Si imitaran a sus mayores, no dirían “el vaso se ha rotpido”; y si pronuncian “ahí viene el altobús” o “el tiempo ha reboenecido” es porque están desarrollando su capacidad innata de aplicar las normas gramaticales y morfológicas que empiezan a intuir. La capacidad del habla se debe a la dotación genética del ser humano y, como explican los psicolingüistas, en lo esencial está impresa en el genotipo de nuestra especie. Y se desarrolla mucho o nada, o poco, sí, pero se transmite como un legado que acumula experiencias seculares y las agranda y las enriquece a medida que se heredan.

Los contextos de las palabras van sumándoles así la historia de todas las épocas, y sus significados impregnan nuestro pensamiento. Cualquiera que hable una lengua, como explicó el lingüista norteamericano Noam Chomsky, interioriza una gramática generativa que expresa el conocimiento de ese idioma; capaz de crear una eternidad de frases pese a contar con recursos limitados.

Pero igual que se adquieren las herramientas para construir las oraciones, y así como se asumen involuntariamente las conjugaciones y las concordancias, también se interiorizan los significados; y las palabras consiguen perpetuarse, sumando lentamente las connotaciones de cuantas culturas las hayan utilizado.

La competencia lingüística consiste paradójicamente en no saber por qué se habla como se habla; en ser hablado por la propia lengua de manera inconsciente\*. Las leyes del idioma entran en el hablante y se apoderan de él, para ayudarlo a expresarse. Nadie razona previamente sobre las concordancias y las conjugaciones cuando habla, nadie programa su sintaxis cuando va a empezar una frase. Si acaso, puede analizarla después de haber hablado. Así también las palabras se depositan en el inconsciente, sin razonamientos, y poco a poco adhieren a sus sílabas todos los entornos en que los demás las usan.

La palabra “acorde”, por ejemplo, tan inocente en apariencia, nos remite a la música, y ahí tendrá quien oiga

\* Augusto Ponzio y otros en *Lingüística y sociedad*, México, Siglo XXI Editores, 1976, citando a Rossi-Landi: “El sujeto no sabe por qué habla como habla, y es hablado por sus mismas palabras”.

sus fonemas o lea sus letras una referencia clara de significado. “Acorde” es igual a música: “se escucharon los acordes del himno nacional”, suelen contar las crónicas en una metáfora fosilizada que toma la fracción por el todo, puesto que los acordes constituyen solamente una parte de los rudimentos musicales. Y el receptor resumirá en su cerebro este mensaje preferente: “se escuchó el himno nacional”, expresión en la cual la palabra “acordes” parece no tener misión, puesto que ya damos el valor “música” al concepto “himno”, porque la palabra “himno” contiene un espacio amplio para el significado “música”. Pero la voz “acordes” añade un matiz de significado que se oculta en cualquier análisis somero y que no figurará expresamente en ningún diccionario: si alguien ha empleado la fórmula “se escucharon los acordes del himno nacional” habrá querido significar, tal vez sin tener conciencia de ello al pensar las palabras, que se trataba de una ejecución instrumental, porque “los acordes” remite a tubas, trompetas, clarinetes, la caja del redoblante, los platillos con los que se arma ese intérprete que se sitúa en escorzo para ver a sus compañeros desde la esquina... Pese a que las voces humanas de una agrupación musical también pueden formar acordes, nadie habrá deducido que aquel himno nacional fuera interpretado por un coro.

El receptor descodificará sólo de este modo “los acordes”: *oirá* por un instante el concepto música, seducido por la historia de la palabra, y también imaginará el himno que interpretó aquella banda presente en el acto oficial. Pero el cien por cien del concepto “los acordes” implica otras connotaciones, que también percibimos en



su herencia, en los genes que lo han conformado. Los “acordes” musicales los forman las notas que están “de acuerdo” entre sí. Y que, por tanto, son “acordes”. Do, Mi y Sol forman el acorde de Do mayor. Re, Fa y La construyen el acorde de Re menor. Y así sucesivamente, las notas se integran en familias bien avenidas cuyas vibraciones congenian. Los acordes llevan, pues, el concepto subliminal de la música elaborada, de la afinación correcta; y así deducimos sin razonarlo que en aquel acto oficial se escuchó un sonido armonioso donde el ritmo y las notas formaron un conjunto eufónico, acorde consigo mismo. Ese “se escucharon los acordes del himno nacional” que utilizan a menudo los cronistas excluye la posibilidad de recibir como mensaje que los intérpretes desafinaran. Y si lo hubieran hecho, el narrador difícilmente habría escrito de manera espontánea “se escucharon los acordes”. La fórmula más sencilla “se escuchó el himno nacional” (que unas líneas más arriba presentábamos como equivalente a la otra, en su *significado de superficie*, puesto que el concepto “himno” ya valía para representar que se trataba de música) difiere de “se escucharon los acordes del himno nacional” en que aquélla sí puede admitir la hipótesis subliminal de que la orquestilla desafinara. La frase “se escuchó el himno nacional” habría descrito el hecho con distancia, sin dar valor a la calidad de la ejecución artística. Simplemente, se pudo escuchar el himno, y no importa mucho el sonido que ofrecieran los músicos, tal vez incluso desafinaron. O tal vez quien lo escribe no estaba presente para saberlo. En cambio, “se escucharon los acordes del himno nacional” traslada al cerebro receptor, en su *significado de*

*profundidad*, la idea de que ese hecho produjo placer en los presentes, sin posibilidad alguna de desatino en los instrumentistas.

Porque ése es el valor profundo de la expresión. Acorde: acuerdo, con armonía entre sus partes.

Aún cabría una inmersión mayor en el espacio espiritual de esta sencilla palabra. Porque “acorde” no vale sólo por sí misma, no ocupa el lugar de sus propios límites, toma también las referencias y los significados de sus vecinas y de sus orígenes, el valor de “acordar”, y de “acuerdo”, por ejemplo; se contagia de ellos en un movimiento simpático y simbiótico de sus tesoros profundos... los que derivan de aquella unión primitiva en el término *kerd* del idioma indoeuropeo. Y a su vez el concepto de “acuerdo” lo percibimos con un perfume positivo porque arranca de *cor*; *cordis*, corazón. El acorde musical aúna los corazones de los sonidos, el acuerdo entre dos personas las aproxima, logra un trato *cordial* (de corazón), busca la *concordia* y rechaza el *incordio*. También un individuo puede adoptar él solo un “acuerdo”, una determinación... Pero únicamente alcanzará su valor real y profundo esa expresión, su valor histórico, si se refiere a un acuerdo tomado tras deliberación, en conciencia: con el corazón. Y haremos un favor a la persona a quien consideremos por sí misma capaz de tomar acuerdos, o al juez que los dicta, porque el aroma y la historia del vocablo, su poder, la perfumarán con un sentido profundo, inaprehensible al intelecto del ser humano pero que estalla en su intimidad. Como haremos un favor a la banda musical a la que hayamos atribuido esos acordes que ya siempre creeremos afinados.

“Acorde”, pues, se ha ido rebozando en cuantos significados reunió su raíz, “*cordis*: corazón”, y los mantiene aunque algunas de sus acepciones cayeran en desuso; porque el verbo “acordar” también significó en otro tiempo “hacer que alguien vuelva a su juicio”, que reencontrare su corazón, metáfora antigua de la conciencia. Y, como sucede con las estrellas muertas, habrá desaparecido la acepción, pero no su reflejo.

El verbo “acordarse” nos muestra a su vez una contorsión del concepto que toma un valor *reflexivo* (la acción que se *refleja* hacia uno mismo) porque aquello de lo que nos acordamos es lo que nuestro corazón guarda y hace latir, y nos envía a la memoria.

“Acuerdo” evoca también “concordia”, y el viaje por el túnel del tiempo de su etimología conduce de nuevo al corazón, a su raíz; y “concordia” nos sugiere “concordancia”, voces ambas que tienen sus antónimos en “discordia” y “discordancia”... expresión ésta que a su vez forma un concepto musical para amenazar al más tradicional de los “acordes”...

Las palabras que oímos desde niños, que escuchamos a nuestros abuelos, que leemos y acariciamos, son cerezas anudadas siempre a otras, y aunque las separemos con un leve tirón de nuestros dedos mantendrán el sabor de sus vecinas, nos enriquecerán la boca con la savia que han compartido y que se han disputado. Los psicoanalistas han estudiado muy bien el valor de la palabra en cada individuo, y la importancia de los lapsus en los que aparece de rondón un término vecino. José Antonio Marina ha sugerido que las palabras tienen su propio inconsciente y pueden ser también

psicoanalizadas\*. Y con ese psicoanálisis estaríamos examinando el subconsciente colectivo de toda una comunidad hablante. Porque las palabras se han ido formando durante los siglos de una manera inteligente y fría, pero han acumulado también un significado emocional que acompañará siempre a sus étimos.

Dice el diccionario que “terrenal” es lo “pertene- ciente a la tierra, en contraposición de lo que pertenece al cielo”; y dice de “terrestre”: “pertene- ciente o relativo a la tierra. Terrenal. Pertene- ciente o relativo a la tierra en contraposición del cielo y del mar”. Dice el diccionario, pues, que terrenal y terrestre coinciden en gran parte de su campo semántico, puesto que ambos términos indican algo que pertenece a la tierra y se contrapone a lo que pertenece al cielo. “Comunicación terrestre” frente a “comunicación marítima”, frente a “comunicación aérea” o “comunicación celeste”. Sin embargo, cómo resultaría posible separar todas estas cerezas sin tener en cuenta que “terrenal” ha acompañado tantas veces a “paraíso”, para formar ambas (contaminándose entre sí) un lugar inventado, un lugar que no se contrapone a celeste sino a celestial, un lugar que, pese a corresponder a una definición que lo liga con la Tierra, no existe en ninguno de sus lugares. Cómo no ver al fondo ese significado de “paraíso terrenal” cada vez que alguien nombrase “comunicación terrenal”, y cómo no apreciar la diferencia entre “bienes terrestres” y “bienes terrenales” a pesar de

\* José Antonio Marina, *Elogio y refutación del ingenio*, Barcelona, Anagrama, 1996.

que, con el diccionario en la mano, ambas expresiones puedan resultar sinónimas...

No existen los sinónimos completos. ¿Por qué, si a veces parece que sí? Porque las palabras no sólo significan: también evocan. Y dos palabras de conceptos iguales no evocan lo mismo si son dos palabras diferentes.

Ni siquiera dos verbos tan iguales, tan indistinguibles, como “empezar” y “comenzar” se equiparan en su valor profundo. Se hace difícil hallar diferencias entre “comenzó a llorar” y “empezó a llorar”; pero las hay. Del latín vulgar *comintiare* el uno y de las propias raíces castellanas “en” y “pieza” el otro, ya parten de unos orígenes muy diferentes, que dan a este último (empezar) mucha mayor ductilidad. “No empieces...” le podemos espetar a alguien que se aproxima a la reiteración de alguna inconveniencia. Jamás “no comiences...”. “Niño, no empieces con eso” no significará lo mismo que “niño, no comiences con eso”. En el primer caso pronunciamos una admonición; y en el segundo, un consejo. “Por algo se empieza”, disculparemos a quien haya resuelto con insuficiente destreza su primer paso en alguna materia; y eso carecería de equivalencia en “por algo se comienza”, expresión ésta que sonaría artificial y cursi. “El lenguaje no es un producto, sino un proceso psíquico; y estudiar este proceso es estudiar la psiquis humana”, escribe la especialista Yolanda Fernández\*. Analizar por qué se han preferido esos usos de “empezar” que no tienen parangón

\* Yolanda Fernández Acevedo en la revista *Claves*, Buenos Aires, mayo de 1999.

en su casi equivalente “comenzar” supondrá una inmersión en los gustos, las manías, las querencias y los delirios del cerebro humano que han dado paso a nuestra manera de ser. Y una entrada en el mundo de los resortes que conducen a las seducciones humanas.

Tienen las palabras su propio significado y un poco del significado de cuantas las acompañaron, y mucho del significado que fueron adquiriendo en su lugar dentro de las frases, los dichos, los refranes. Comprobamos así cómo se potencian, se vinculan y se amplían en sus profundidades algunos vocablos que se relacionan en su historia, en cuanto han sido juntos y han nacido el uno del otro, o se han separado en biológica bipartición: como *estricto* y *estrecho*, de modo que una persona estrecha de miras suele coincidir en nuestra apreciación con alguien severo en sus juicios; *dirigir* y *derecho*, porque el derecho es lo que dirige a la sociedad, la dirige derecha, directa, dirigida; *desprecio* y *despecho*, puesto que el despecho se mueve al final de su camino con un aire de desdén hacia quien nos ha zaherido; *ligar* y *obligar*, voces que comparan la raíz de lo que ata, ya sea por voluntad o por obediencia; *espejo* y *espejismo*, los reflejos que muestran una irrealidad en sí misma; *angustia* y *angosto*, el ahogamiento que sentimos ante una desgracia y que nos cierra la garganta para convertirla en un pasadizo; *lanza* y *lanzar*; *agüero* y *augurio*, *casa* y *casado*, *soltero* y *solitario*, *soldado* y *solidario*, *signo* y *seña*, *raudo* y *rápido*, *pie* y *peatón*, *concilio* y *concejo*, *veda* y *veto*, *peso* y *pesar*, *punta* y *apuntar*... Los ejemplos resultarían inabarcables, tan inabarcables como las relaciones electrónicas que se producen en la mente entre todas las palabras del diccionario de cada

cual, y que abarcan incluso a los prefijos, sufijos y afijos. No es casualidad que “nostalgia” muestre la terminación médica del dolor (como lumbalgia o fibromialgia), porque el dolor siempre estará implícito en la pérdida de la propia tierra.

Ese valor profundo de las palabras, la historia que han acumulado en sus miles de millones de usos, los lazos que mantienen entre sí, las hace cambiar muy lentamente. Evolucionan con el ser humano y adquieren nuevos sentidos, trasladan nuevos temores, llevan a euforias diferentes. Hoy en día, por ejemplo, algunos adverbios van dejando su sitio a los adjetivos, y eso tiene una razón en el uso, pero el uso tiene una razón... ¿en qué? Cada vez decimos más “esto hay que hacerlo rápido” frente a la opción de las generaciones anteriores que expresaban “esto hay que hacerlo rápidamente” o bien “esto hay que hacerlo deprisa”. Según la gramática normativa, las palabras adecuadas para esa idea son, en efecto, “rápidamente” o “deprisa”, puesto que ambas complementan a un verbo (y para complementar a un verbo se necesita un adverbio) y no a un sustantivo (función que corresponde a los adjetivos). Pero los adverbios que se forman sobre un adjetivo al que se añade el sufijo “mente” tienden hoy en día a resumirse en la palabra base cuando ésta no chirría en exceso según el contexto: “aquí se trabaja duro” en vez de “aquí se trabaja duramente” (un adjetivo en el lugar que corresponde al adverbio), como “hay que hablar claro”, en lugar de “hay que hablar claramente”; “ganó fácil” por “ganó fácilmente”; “lo apretaron fuerte”, en vez de “lo apretaron fuertemente” o “lo apretaron con fuerza”; o “perfecto distingo el negro del blanco”,

como dice la canción, en lugar de “perfectamente distinguido”... Y “llegaron rápido” en lugar de “llegaron rápidamente”. Se ve sin dificultad que la economía del lenguaje impera en esta tendencia que quizá algún día se instale en la gramática normativa una vez que se haya generalizado entre los hablantes; pero algo de esa teoría falla en la alternativa rápido-deprisa, palabras distintas con las mismas sílabas. Alguna razón nos hace preferir “lo hizo rápido” frente a “lo hizo deprisa”, aunque se trate de sinónimos y no se produzca economía alguna.

Tal vez la razón estriba en que “rápido” tiene dos buenas armas para progresar en nuestras memorias lingüísticas: su brevedad frente a “rápidamente” y, después, la historia negativa que ha acumulado el término “deprisa”. Hacer las cosas “deprisa” se connota con rematarlas mediante apremio, con improvisación. El diccionario señala, por el contrario, que acometer algo deprisa equivale a hacerlo “con celeridad, presteza o prontitud”, sin ningún matiz peyorativo. Pero la cereza adherida que trae esa palabra consigo nos lleva al concepto “con prisas”, que entendemos hoy en día como una crítica. Así que muchos prefieren decir y escribir que el trabajo lo han hecho rápido, aunque eso vulnere una de las estructuras en que se basa nuestro idioma y aunque les puedan reconvenir los puristas de la gramática.

Las herencias, pues, no se detienen; siguen progresando en la lengua, oponiéndose a la situación de cada momento. He aquí la verdadera evolución del idioma, la que se impregna de millones de experiencias y de usos que confluyen en una costumbre, decisiones democráticas de los pueblos que actúan por su cuenta y enriquecen



su lengua pese a la influencia de las cúpulas sociales y de los medios de masas, de los que generalmente emanan efluvios empobrecedores. Las palabras tienen una vida larga y amplia, las palabras pronunciadas por los abuelos pueden sobrevivir a todas las influencias, porque se incrustaron en nuestra gramática universal cuando estábamos adquiriendo las herramientas del lenguaje, las que siempre anidarán en nuestra inteligencia. Y nuestros abuelos ya veían con malos ojos que los trabajos se hicieran de prisa y corriendo, sin pensar, sin organizarse. Dejaron el terreno abonado para que nosotros, en uso del lenguaje generativo que nos ha sido dado, modifiquemos poco a poco su sentido y cambiemos la gramática.

“El idioma no se inventa, se hereda”, escribe el colombiano Fernando Vallejo\*. En un libro esclarecedor, este ensayista y novelista muestra (y demuestra) cómo el lenguaje literario de cualquier novela contemporánea es heredero de la *Odisea*, la *Iliada* o la *Divina Comedia*... aunque el autor del que se trate ni siquiera haya leído estas obras; cómo las fórmulas del estilo y la belleza se transmiten entre los novelistas al través de los siglos, en una multitud de influencias y conexiones. Y si se diseminan

\* Fernando Vallejo, *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998. La frase completa es ésta: “El idioma no se inventa: se hereda. Y lo hereda el hombre corriente bajo su forma hablada como el escritor bajo su forma literaria: en un vocabulario, una morfología, una sintaxis y una serie de procedimientos y de medios expresivos. En un conjunto, incluso, de frases hechas y refranes, de comparaciones y metáforas ya establecidas en que abundan la literatura y la vida”.

por todas las vidas del género humano incluso las fórmulas estilísticas inconscientes (aposiciones, omisiones, repeticiones, uniones insólitas de palabras, el léxico literario...), cómo no vamos a ser también herederos inconscientes de las propias palabras y de sus recursos, sus usos, sus pensamientos implícitos, cuando éstas adquieren sus formulaciones más sencillas. Así van acumulando poder, ampliando su espacio.

El poeta Luis Rosales dibujó esa misma idea, pero con estas letras hermosas: “La palabra que decimos / viene de lejos, / y no tiene definición, / tiene argumento. / Cuando dices: ‘nunca’, / cuando dices: ‘bueno’, / estás contando tu historia / sin saberlo”\*.

Una multitud de vocablos que ahora empleamos habrá cumplido ya más de dos mil años, tal vez tres mil, y así nuestra “rosa” es la misma rosa que pronunciaban los invasores romanos en latín, y nuestro “candor” ha llegado también con las mismas letras desde allí. Y son palabras prerromanas, más longevas aún, “galápago”, “barro”, “berrueco”... Algunas se nos muestran todavía en ese estado puro, otras se han ido transformando... Unas cambiaron en su camino desde la lengua del imperio de Roma, otras hicieron un recorrido tal vez más largo y sinuoso para llegar con el griego; unas cuantas pervivieron desde la conquista de los godos, y aún quedan las

\* Luis Rosales, *Poesía reunida*, Seix Barral, Barcelona, 1981. Citado por Manuel Casado Velarde en *Aspectos del lenguaje en los medios de comunicación social*, lección inaugural del curso 1992-1993 de la Universidade da Coruña.

que guardan en sus sílabas un origen incierto, y muchas otras se vistieron con la fonética peninsular, pero abrigada en ella aún se ve su estirpe árabe, algunas navegaron desde América hasta la península Ibérica para establecerse en el español de los dos lados del mar... No todas las palabras han evolucionado por igual, ni acumulan las mismas experiencias, ni disponen del mismo espacio en los confines del pensamiento, aun siendo su lugar casi siempre inconmensurable; pero todas han establecido entre sí durante cientos de años unos vínculos inasibles, que exceden sus definiciones particulares y sólo pueden transferirse al completo cuando se comunican las conciencias.

El lenguaje, como ya se ha demostrado en la psicología, procede de un encadenamiento de la razón; y nada resulta casual en él, puesto que “el hablar es condición necesaria del pensar” (W. Humboldt). Y qué mejor referencia de esa imbricación que el hecho de que el vocablo *logos* (“palabra”, en griego) lo hayamos heredado para usarlo en tantas raíces que nos llevan al concepto de pensamiento.

El que dicta un texto habla en voz alta para que los demás obren en consecuencia, y no es otra la imagen que nos viene a la mente cuando oímos la palabra dictador, que asimilamos enseguida con alguien que vocea para dar instrucciones precisas que han de cumplirse a rajatabla.

Todo el idioma está integrado por un cableado formidable del que apenas tenemos consciencia, y que, sin embargo, nos atenaza en nuestro pensamiento. Pensamos con palabras; y la manera en que percibimos estos vocablos, sus significados y sus relaciones, influye en

nuestra forma de sentir. Y así se extienda nuestro campo de palabras, así estarán lejanos o próximos entre sí los límites de nuestra capacidad intelectual. “El lenguaje forma parte de la estructura de nuestra inteligencia”, escribe el ensayista español José Antonio Marina, “nos pone en comunicación con nosotros mismos”\*. Y la manera en que nos comunicamos con nosotros mismos es la manera en que pensamos y razonamos, la forma en que hacemos uso de una herramienta que adquirimos sin esfuerzo durante la infancia y que aún puede crecer y desarrollarse en la madurez.

En esa larga historia de los términos que ahora pronunciamos, determinadas palabras se han impregnado de un poder seductor: hacia los demás y también ante la propia conciencia (es decir: ante la propia inconsciencia). Son fuerzas de la naturaleza que alcanzaremos a dominar como el agua embalsada o el fuego de la chimenea, pero que también pueden desatarse sin que antes percibamos el peligro. El poder del agua, el calor del fuego, la seducción de la voz.

En un principio existieron los conceptos sin palabras. Los seres primitivos acomodaron las sílabas de sus primeros rugidos a ideas anteriores al idioma: el peligro, el miedo, el hambre... tal vez los primeros términos lingüísticos de aquellas tribus dieron nombre a esas sensaciones de la supervivencia. Un mono al que se enseñe el concepto “abrir” podrá aplicarlo después a situaciones

\* José Antonio Marina, *La selva del lenguaje*, Barcelona, Anagrama, 1998.

muy distintas del ejemplo que se haya empleado para que adquiriese tal palabra. Abriré puertas, cajones... su propia jaula, cuando se le ordene “abrir”. Por tanto, disponía de esta idea antes de recibir ese término que, sin embargo, no puede pronunciar. Así sucede con los conceptos más básicos de nuestra lengua, más intuitivos. Pero después son las palabras las que nos aportan las ideas en nuestros caminos por el aprendizaje intelectual. La palabra “abrir” nos sirve también a nosotros para identificar todas las puertas. Pero la primera vez que cada uno oyó “escepticismo” pudo incorporar a su catálogo de ideas un concepto que no tenía hasta entonces. La palabra y la curiosidad por ella le habrán adentrado incluso en un terreno filosófico y desconocido. Primero aplicamos palabras (rugidos, gritos) a los conceptos. Y a medida que crecemos en el idioma, son los conceptos los que rellenan las palabras que hemos oído. Y las relacionan. Porque ya disponen de unas palabras previas que lo permiten.

Más adelante sentiremos en nuestra profundidad los significados, como dominadores de nuestra propia lengua que somos. Tomamos todo el valor que la historia les ha dado, heredamos también lo que supusieron para las civilizaciones pasadas. Una sola palabra del diccionario escogida al azar nos podría llevar por el espacio interminable de apenas una pequeña parte de nuestros pensamientos.

Las conciencias del mundo actual tienen a la voz “gordo” como peyorativa, generalmente, cuando se aplica a un adulto. Quién sabe si ese valor negativo de la gordura guarda más relación con el original *gurdus* (de

origen prerrománico, cuyo significado era “estólido” y “necio”\*), que con los conocimientos sobre los peligros de la obesidad.

*Apozéke*, en griego, llegó a convertirse con los siglos en el español “bodega”, a través del latín *apothéca*; pero también derivó en “botica”, al desdoblarse la etimología como ha sucedido en centenares de casos: lidiar y litigar, frígido y frío, caldo y cálido, circo y círculo, ave y avión... Y en español hemos recibido de nuestros ancestros la expresión “aquí hay de todo, como en botica”, que empleamos para dar idea de la variedad de objetos que se almacenan o se pueden hallar en algún sitio. Pero... “hay de todo, como en botica”... o ¿“como en bodega”? En una farmacia no hay de todo, pero sí en la bodega de un barco o en sus casi sinónimos “despensa”, o “almacén”. Todo indica que en la palabra “botica” y en el dicho donde se ha fosilizado se resiste a desaparecer su concepto más primitivo, la savia común de dos cerezas de la misma collera transportadas en la misma comporta, llegadas desde cientos y cientos de años atrás, como la raíz indoeuropea *apo* nos muestra: “lejos de”. Llegada desde lejos de nuestra tierra y de nuestro tiempo.

“Inteligente” tiene la connotación de *inter-ligare*: reunir, relacionar. Y consideramos inteligente a la persona capaz de extraer conclusiones con el cotejo de hechos aparentemente distintos; y “chabola” es adopción reciente del vasco *txabola*, cuya raíz parece proceder del

\* Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos, reimp. de 1997.

francés *jaole* (jaula o cárcel); y hoy en día en la jerga carcelaria se le llama “chabolo” a la prisión. Las palabras, en efecto, se heredan a sí mismas pero acumulan la riqueza que lega cada generación, siempre encadenadas por un vínculo resistente.

El éxito del cristianismo tras la dominación romana tuvo su repercusión en el lenguaje: su influencia espiritual alentó, por ejemplo, la formación de los adverbios terminados en “mente”: buenamente, sanamente: lo que es bueno o es sano para la mente; y eso lo asumieron miles y miles de personas, constituyendo un fenómeno masivo de evolución de la lengua, como fruto de la obsesión por el análisis de la propia conciencia y el afán por ver en los actos sus intenciones\*.

Las palabras tienen, pues, un poder oculto por cuanto evocan. Su historia forma parte de su significado pero queda escondida a menudo para la inteligencia. Y por eso seducen. Y esa capacidad de seducción no reside en su función gramatical (verbos, sustantivos, adverbios, adjetivos... todos por igual pueden compartir esa fuerza) ni en el significado que se aprecia a simple vista, a simple oído, sino en el valor latente de su sonido y de su historia, las relaciones que establece cada término con otros vocablos, la evolución que haya experimentado durante su larguísima existencia o, en otro caso, el vacío y la falsedad de su corta vida. Nietzsche dijo que toda palabra es un prejuicio, y que toda palabra tiene su olor. Sí. Porque

\* R. Lapesa, *op. cit.*

toda palabra es previa a sí misma, existía antes de pronunciarla. Y en eso reside su poder.

No hablamos aquí del poder evidente del lenguaje. “Sí” y “no” son probablemente las palabras que mayor poder acumulan por fonema. La autorización y la prohibición, la tolerancia y la condena, la libertad y el impedimento se resumen en esas dos sílabas tan opuestas en su semantema y que constituyen la contestación más tajante y más simple que se pueda conocer. Pero no queremos referirnos a ese poder intrínseco de las palabras, sino al que puede pasar inadvertido en una comunicación. Ese sentido subliminal, subyacente, oculto o semioculto constituye el elemento fundamental de su fuerza: el oyente no la conoce.

Quien emplea las palabras de esa forma puede buscar, con intención encomiable, un efecto literario o quizá un endulzamiento amoroso, pero también esta fuerza interior del lenguaje sirve a quienes intentan manipular a sus semejantes y aprovecharse de ellos. Entre un extremo y otro se hallan el uso inconsciente, el ardid comercial, la argucia jurídica y la mentira piadosa.

La capacidad de seducción que guardan las palabras parte de ciertas claves sobre las que podemos reflexionar. Ya nos hemos referido a la fuerza que otorga a cada vocablo su historia oculta, el enriquecimiento progresivo que se produce en su estructura semántica; y cuánto valor adquiere lo que millones de personas hayan pensado con él. Y la pureza o las evoluciones (nunca rupturas) con que se transmite de generación en generación. Todo



eso conforma una potentísima capacidad de seducir, porque esos términos esconden al oído consciente gran parte de su significado. También constituye un elemento de primera magnitud el sonido de cada término: las connotaciones que impliquen sus sílabas.

A veces podemos dejarnos llevar, conscientemente, por la música y el valor propio de las palabras. Admiraremos el talento de un poeta que nos envuelve, o la elegancia de un amante que habla a su pareja con frases elevadas para pedirle lo que, expresado de otro modo, podría constituir una bajeza. Y con el mismo gusto con que nos hundimos en el ritmo de un poema podremos desentrañar la retahíla mentirosa de un pelagallos. Cómo se elige cada palabra para el momento adecuado, cómo se expresa con música lo que en realidad es un ruido, cómo se tocan los lugares sensibles de nuestra memoria... Eso es la seducción de las palabras. Un arma terrible.



## II

### Persuasión y seducción

Las palabras tienen un poder de *persuasión* y un poder de *disuasión*. Y tanto la capacidad de persuadir como la de disuadir por medio de las palabras nacen en un argumento inteligente que se dirige a otra inteligencia. Su pretensión consiste en que el receptor lo descodifique o lo interprete; o lo asuma como consecuencia del poder que haya concedido al emisor. La persuasión y la disuasión se basan en frases y en razonamientos, apelan al intelecto y a la deducción personal. Plantean unos hechos de los que se derivan unas eventuales consecuencias negativas que el propio interlocutor rechazará, asumiendo así el criterio del emisor. O positivas, que el receptor deseará también. Pero todos los psicólogos saben que cualquier intento de persuasión provoca resistencia. Por pequeña que parezca, siempre se produce una desconfianza ante los intentos persuasivos, reacción que se hará mayor o menor según el carácter de cada persona. Y según la intensidad del mensaje.

En cambio, la *seducción* de las palabras, lo que aquí nos ocupa, sigue otro camino. La seducción parte de un intelecto, sí, pero no se dirige a la zona racional de quien recibe el enunciado, sino a sus emociones. Y sitúa en una posición de ventaja al emisor, porque éste conoce el valor

completo de los términos que utiliza, sabe de su perfume y de su historia, y, sobre todo, guarda en su mente los vocablos equivalentes que ha rechazado para dejar paso a las palabras de la seducción. No se basa tanto la seducción en los argumentos como en las propias palabras, una a una. No apela tanto a la construcción razonada como a los elementos concretos que se emplean en ella. Su valor connotativo ejerce aquí una función sublime.

La seducción de las palabras no necesita de la lógica, de la construcción de unos argumentos que se dirijan a los resortes de la razón, sino que busca lo expresivo, aquellas “expresiones” que se adornan con aromas distinguibles. Convince una demostración matemática pero seduce un perfume. No reside la seducción en las convenciones humanas, sino en la sorpresa que se opone a ellas. No apela a que un razonamiento se comprenda, sino a que se sienta. Lo organizado subyuga, atenaza con argumentos; pero seduce lo natural, lo que se liga al ser humano y a su entorno, a sus costumbres, a la historia, seduce así la *naturaleza* de las palabras.

Algunas palabras cumplen la función de un olor. Seduce un aroma que relaciona los sentidos con el lugar odorífero más primitivo, el nuevo olor llega así al cerebro sensible y activa la herencia que tiene adherida desde la vida en las cavernas; y le hace identificar esa percepción y su significado más profundo, más antiguo, con aquellos indicios que permitían al ser humano conocer su entorno mediante las sensaciones que hacían sentirse seguro al cazador porque los olores gratos anunciaban la ausencia de peligros; es decir, la inexistencia de olores peligrosos. La seducción de las palabras, su olor, el aroma que logran

despertar aquellas percepciones prehistóricas, reside en los afectos, no en las razones. Ante determinadas palabras (especialmente si son antiguas), los mecanismos internos del ser humano se ponen en marcha con estímulos físicos que desatan el sentimiento de aprecio o rechazo, independientemente de los teoremas falsos o verdaderos. No repara la seducción en abstracciones, en nebulosas generalizantes, sino en lo concreto: es lo singular frente a lo general.

Las palabras *denotan* porque significan, pero *connotan* porque se contaminan. La seducción parte de las connotaciones, de los mensajes entre líneas más que de los enunciados que se aprecian a simple vista. La seducción de las palabras no busca el sonido del significante, que llega directo a la mente racional, sino el significante del sonido, que se percibe por los sentidos y termina, por tanto, en los sentimientos.

Todo esto nos lleva a saber que en cada contexto existen unas palabras frías y unas palabras calientes. Las palabras frías trasladan precisión, son la base de las ciencias. Las palabras calientes muestran sobre todo la arbitrariedad, y son la base de las artes.

Como nos muestra el semiólogo Pierre Giraud, “cuanto más significante es un código, es más restringido, estructurado, socializado; e inversamente. Nuestras ciencias y técnicas dependen de sistemas cada vez más codificados; y nuestras artes, de sistemas cada vez más descodificados”\*.

\* Pierre Giraud, *La semiología*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

La historia del concepto “seducir” da a este vocablo un cierto sentido peyorativo, condenado desde su propio registro oficial. El diccionario de 1739 lo definía sólo con estas frases: “Engañar con arte y maña, persuadir suavemente al mal”.

Por tanto, la seducción no se ha entendido históricamente como algo positivo: se ocultaba en la palabra el temor religioso por tantas veces como se habrá retratado la seducción de un hombre a una doncella, la seducción de una doncella a un hombre, la seducción del demonio al hombre y a la doncella... Pero no se reflejaba en el aserto del diccionario la seducción que puede ejercer un paisaje, o la seducción de un vendedor ambulante que proclamaba la eficacia de sus remedios. Y el adverbio “suavemente” de esa definición (que permanece en nuestro concepto actual: el modo se mantiene) ilustra la tesis que aquí traemos: con dulzura; con el sonido de las palabras o la belleza de las imágenes, con recursos que van directos al alma y que vadean los razonamientos.

Aquella idea que identificaba engaño y seducción —dos formas de designar el pecado— en el primer léxico de la Academia se matiza en el diccionario actual, que añade una segunda acepción, más conforme con nuestros tiempos: “Embargar o cautivar el ánimo”. No hay ya en esta segunda posibilidad ninguna palabra que descalifique moralmente la seducción; pero se acentúa la idea de que el efecto se busca en las zonas más etéreas de la mente: embargar, cautivar, ánimo. La abstracción de los sentimientos.

Lo mismo ocurre con un verbo de significado muy cercano: “fascinar”. No en su primera acepción (hoy

apenas empleada) que define este concepto como “hacer mal de ojo”. Sino como se explica después, en sentido figurado: “engañar, alucinar, ofuscar”. Finalmente, la tercera posibilidad (igualmente en sentido figurado) es la que consideramos aquí: “atraer irresistiblemente”.

La seducción y la fascinación (la primera precede a la segunda), pueden servir, pues, tanto para fines positivos como negativos, y así las entendemos ahora. Pero, en cualquier caso, se producen dulcemente, sin fuerza ni obligación, de modo que el receptor no advierta que está siendo convencido o manipulado, para que no oponga resistencia.

A veces la seducción de las palabras no trasluce una investigación intelectual sobre el léxico —siquiera fuese rudimentaria— a cargo de quien la utiliza, sino una mera intuición del hablante. Es decir, el emisor ejerce su herencia lingüística de una manera tan inadvertida como un novelista de hoy copia sin saberlo las estructuras de algunas frases de Quevedo, o como el niño comprende las reglas de la sintaxis. Sin embargo, siempre habrá en quien intente seducir con las palabras un atisbo de conciencia cuando las emplee para la seducción. Las habrá descubierto intuitivamente, *siendo hablado* por el idioma, pero las pronunciará con plena responsabilidad. Con la intención de manipular a los incautos.